

propla incertidumbre, y reprendes nuestra fe como una credulidad vulgar?

Pero yo os suplico, católicos, que me digais de parte de quién está la credulidad en este punto, si está de parte del impío ó del fiel. El fiel cree en la eternidad fundado en la autoridad de las divinas Escrituras, esto es, en el libro que sin contradiccion merece la mayor creencia; en el testimonio de los hombres apostólicos, esto es, de unos hombres justos, sencillos, milagrosos, que derramaron su sangre por dar gloria á la verdad, y á cuya doctrina ha dado la conversion del universo un testimonio que hasta el fin de los siglos se levantará contra el impío. En el cumplimiento de las profecías, esto es, en la única señal de verdad que no puede imitar la impostura. En la tradicion de todos los siglos, esto es, en unos hechos que han tenido por ciertos los mayores hombres que ha habido en el mundo desde su creacion, y que han confesado los justos y los pueblos mas sábios y políticos. En una palabra, en unas pruebas que aun cuando no fueran ciertas, á lo menos son verosímiles. El impío niega la eternidad, fundado en una simple duda, ó en una pura sospecha: ¿quién hizo esta eternidad, nos dice? ¿quién ha vuelto de allá? No tiene razon alguna sólida ni decisiva para impugnar la verdad de lo porvenir; y si no, dígala y nos daremos por vencidos. No hace mas que desconfiar de que hay otra vida despues de esta, y lo cree así sin mas fundamento que su desconfianza.

Ahora os pregunto, ¿cuál de los dos es el crédulo? ¿es acaso el que funda su creencia en lo que por lo menos tiene mas verosimilitud entre los hombres y es mas conforme á la razon, ó el que fundado en la debilidad de una simple duda, se determina á creer que no hay eternidad? Con todo eso, al impío le parece que se aprovecha mas

de su razon que el fiel. Nos mira como á los hombres flacos y crédulos; se considera á sí mismo como un espíritu superior á las preocupaciones vulgares, y solo cede á la razon y no á la opinion comun. ¡Oh Dios! ¡qué terrible sois cuando entregais el pecador á su ceguedad, y cómo sabéis sacar vuestra gloria de los mismos esfuerzos que hacen vuestros enemigos para combatirla!

Pero quiero pasar mas adelante; aun cuando hubiera algun fundamento para la duda que se forma el impío de lo por venir, y aun cuando las vanas incertidumbres que le hacen incrédulo, contrapesasen á las sólidas y evidentes verdades que nos prometen la inmortalidad, digo que aun cuando esta igualdad fuera cierta, debiera á lo menos desear que fuese verdadero lo que propone la fe en orden á la inmortalidad de nuestras almas, una ciencia que tanto honor hace al hombre, que le enseña que su origen es celestial y eternas sus esperanzas; debiera desear que la doctrina de la impiedad fuese falsa; una doctrina tan funesta y de tanto abatimiento para el hombre, que le confunde con las bestias, que le hace vivir solo para el cuerpo, que no le da ni fin, ni destino, ni esperanza, que limita su suerte al corto número de dias rápidos, inquietos y dolorosos que vive en la tierra. Aun en iguales circunstancias, un entendimiento sublime quisiera mas engañarse honrándose, que abrazando un partido ignominioso á su sér. ¿Qué alma puede ser la que el impío ha recibido de la naturaleza, pues escoge el creer, fundado en tan débiles razones, que solo ha sido hecho para la tierra, y se complace en mirarse como un vil conjunto de barro, y compañero de los bueyes y toros? ¡Pero qué digo, católicos! ¡qué mónstruo debe ser el impío en el universo, pues solamente desconfía de la opinion comun porque es demasiado gloriosa para su natura-



leza, y porque cree que solamente la vanidad de los hombres la ha introducido en la tierra, y les ha persuadido á que eran inmortales!

Pero no, católicos, estos hombres de carne y sangre, tienen razon para rehusar el honor que la religion hace á su naturaleza, para persuadirse á que su alma es toda de barro, y que todo muere con el cuerpo; unos hombres sensuales, impúdicos, afeminados, que no tienen mas freno que un brutal instinto, mas regla que el exceso de sus deseos, mas ocupacion que el excitar con nuevos artificios el apetito, ya casi amortiguado; á unos hombres de esta condicion no les debe costar mucho trabajo el creer que no tienen en sí principio alguno de vida espiritual; que todo su sér consiste en el cuerpo; y como imitan las costumbres de las bestias, merecen excusa cuando se atribuyen su naturaleza; pero no juzguen de los demás hombres por sí mismos; aun hay en la tierra algunas almas continentas, castas y sóbrias que no acusan á la naturaleza de las vergonzosas inclinaciones de su voluntad; no degraden, pues, á toda la humanidad por haberse ellos indignamente degradado; busquen á sus semejantes entre los hombres, y hallándose casi solos en el universo, verán que mas son mónstruos que obras regulares de la naturaleza.

Además de esto, no solamente es insensato el impío, porque en iguales circunstancias debieran su corazon y su gloria decidir en favor de la fe, sino porque ésta cederia tambien en interés propio suyo; porque, católicos, ¿qué aventura el impío, como ya he dicho otra vez, en creer? ¿Qué malas consecuencias puede tener su credulidad, aun cuando se engañara? El viviria con rectitud, con honor, con inocencia; seria pacífico, afable, justo, sincero, religioso, amigo generoso, esposo fiel y amo equitativo; moderaria

unas pasiones que pudieran serle causa de todas las desgracias de su vida; se abstendria de los deleites y excesos que le prepararian una vejez dolorosa y una triste suerte; gozaria de la reputacion de la virtud y de la estimacion de los pueblos: esto es lo que aventura, aun cuando todo se acabara con esta vida; este seria el único modo de pasarla feliz y tranquilamente; y en creer no se halla mas inconveniente que este. Aun cuando no hubiera premios eternos, ¿qué perderia por esperarlos? Lo mas que perderia serian algunos placeres sensuales y rápidos, que muy presto ó le cansan con el disgusto que se subsigue, ó le tiranizan con los nuevos deseos que despiertan; perderia la funesta satisfaccion de ser, para un instante que ha vivido en la tierra, cruel, desnaturalizado, sensual, sin fe, sin buenas costumbres, sin conciencia y aun acaso despreciado y deshonorado en su pueblo. No me parece que puede haber mayor desgracia que el persuadirse á que ha de reducirse á la nada, aun cuando su error no tuviera otras consecuencias. Pero si hay una vida eterna y si se engaña no queriendo creerla, ¿á qué no se expone? á la pérdida de los eternos bienes y de la posesion de vuestra gloria, ¡oh Dios mio! con la que habia de ser eternamente dichoso. Pero esto no es mas que el principio de sus desgracias; hallará un fuego abrasador, un suplicio sin fin y sin medida, una eternidad de horror y de desesperacion. Comparad, pues, estas dos suertes, y ved qué partido debe tomar el impío. ¿Deberá arriesgar la corta duracion de algunos dias, ó una eternidad toda entera? ¿Se fiará de lo presente, que se ha de acabar mañana, y con lo que no puede ser feliz, ó temerá lo por venir, que no tiene mas límites que la eternidad y que ha de durar tanto como el mismo Dios? ¿qué hombre prudente, aun cuando fuera igual la incertidumbre, se atre-



verá á dudar en este punto? ¿y qué nombre daremos al impío cuando no teniendo en su favor mas que unas dudas frívolas, y viendo por parte de la fe la autoridad, los ejemplos, la prescripcion, la razon, la voz de todos los siglos, y al mundo entero, él solo toma el funesto partido de no creer? Muere tranquilo como si no hubiera de vivir mas; pone su eterno destino en manos de la casualidad, y va con indiferencia á experimentar la decision de tan importante suceso, ¡oh Dios mio! ¿Es este un hombre á quien gobierna una razon clara, ó un furioso que no espera mas remedio que su desesperacion? Luego la incertidumbre del impío es una necedad si se atiende á las razones en que se funda.

Pero en último lugar tambien es terrible por sus consecuencias. Permíadme aquí que deje por ahora las poderosas razones de la doctrina, y que hable solamente con la conciencia del incrédulo, valiéndome para prueba de lo que siente en su interior.

Ahora bien, si todo se ha de acabar con nosotros, si el hombre nada debe esperar despues de esta vida, si esta es nuestra patria, nuestro origen y la única felicidad que podemos prometernos, ¿por qué no somos felices en ella? Si no nacemos mas que para los deleites de los sentidos, ¿cómo no pueden éstos satisfacernos y dejan siempre molestias y tristezas en nuestro corazon? Si el hombre en nada excede á la bestia, ¿por qué no pasa sus dias como ella, sin cuidado, sin inquietud, sin disgusto y sin tristeza, en la felicidad de los sentidos y de la carne? Si el hombre no tiene que esperar mas felicidad que la temporal, ¿cómo no la halla en cosa alguna de la tierra? ¿de qué proviene que le inquieten las riquezas, que le fatiguen los honores, que le cansen los deleites, que las ciencias le confundan y aviven

su curiosidad en vez de satisfacerla, que la fama le moleste y embarace, que todas estas cosas juntas no puedan llenar la inmensidad de su corazon, y que siempre le queda algo que desear? Las demás criaturas, contentas con su suerte, parecen felices á su modo en la condicion en que las colocó el Autor de la naturaleza; los astros tranquilos en el firmamento no dejan su puesto por ir á iluminar otros países; la tierra arreglada en sus movimientos no se sube á ocupar el lugar de los astros; los animales andan por los campos sin envidiar la suerte del hombre que habita en las ciudades y suntuosos palacios; los pájaros se alegran en los aires sin pensar si hay criaturas mas felices que ellos en la tierra. Todas las cosas son felices, por decirlo así, cada una ocupa su lugar en la naturaleza. Solamente el hombre está inquieto y descontento, solamente el hombre está entregado á sus deseos; se deja despedazar de los temores, halla su suplicio en sus esperanzas, y su tristeza y desgracia en medio de sus placeres; solamente el hombre no halla en la tierra en donde poder fijar su corazon.

¿De qué proviene esto? ¡Oh hombre! ¿no consiste en que la tierra no es tu propio lugar, en que fuiste hecho para el cielo, en que tu corazon es mayor que el mundo, en que la tierra no es tu patria y en que todo lo que no es Dios es nada para tí? Responded, si teneis qué, ó por mejor decir, preguntad á vuestro corazon, y sereis fiel. En segundo lugar, si todo muere con el cuerpo, ¿quién pudo persuadir á todos los hombres, en todos los siglos y en todos los países; que su alma era inmortal? ¿de dónde le pudo venir al género humano esta extraña idea de inmortalidad? ¿un pensamiento tan distante de la naturaleza del hombre, si solamente hubiera nacido para las funciones de



los sentidos, cómo había de haber podido prevalecer en la tierra? Porque si el hombre fué hecho para lo temporal como la bestia, no puede haber cosa mas incomprendible para él que la idea de la inmortalidad. Unas máquinas fabricadas de barro, que no hubieran de tener mas vida ni mas objeto que una felicidad sensual, ¿hubieran podido nunca atribuirse ó hallar en sí mismas tan nobles pensamientos y tan sublimes ideas? Con todo eso, esta idea tan extraordinaria ha llegado á ser la idea de todos los hombres; esta idea tan opuesta á los sentidos, pues á lo que ven los ojos, el hombre muere como la bestia, se ha establecido universalmente en la tierra. Este pensamiento, que ni aun hallar hubiera podido un inventor en el mundo, ha hallado una facilidad universal en todos los pueblos, así en los mas bárbaros como en los mas civiles, en los mas cultivados como en los mas rústicos, y en los mas infieles como en los mas sujetos á la fe.

Registrad todos los siglos desde su nacimiento; recorred todas las naciones; leed la historia de los reinos y de los imperios; escuchad á los que vienen de las islas mas remotas; todos los pueblos del universo han creído siempre, y aun hoy creen, la inmortalidad del alma. El conocimiento de un solo Dios ha podido borrarse en la tierra; su gloria, su poder, su inmensidad, han podido aniquilarse, si es lícito decirlo así, en el espíritu de los hombres: algunos pueblos enteros de bárbaros puede ser que vivan todavía sin culto, sin religion y sin Dios en este mundo; pero todos esperan otra vida; las ideas de la inmortalidad del alma no se han podido borrar de su corazón; todos se figuran una region en donde han de habitar nuestras almas, despues de nuestra muerte, y aunque se hayan olvidado de Dios, no han podido olvidarse de sí mismos.

¿De qué proviene, pues, que unos hombres tan diferentes en géneo, en culto, en países, en opiniones, en intereses y aun en la figura, y que apenas parecen entre sí de una misma especie, no obstante convengan todos en este punto y todos quieran ser inmortales? Esto no ha sido por una secreta inteligencia, porque ¿quién podrá hacer que todos los hombres de todos los países conviniesen entre sí en un mismo pensamiento? Tampoco puede consistir en una preocupacion de la crianza, porque los usos, las costumbres, el culto, que por lo comun son efectos de las preocupaciones, no son los mismos en todos los pueblos; pero la opinion de la inmortalidad es comun á todos. Tampoco puede consistir en que esta opinion sea una secta, porque además de ser la religion universal del mundo, este dogma nunca tuvo protector ni cabeza. Los hombres se le han persuadido ellos mismos, ó por mejor decir, la naturaleza se le ha enseñado sin socorro de maestro, y es el único que desde el principio del mundo ha pasado de padres á hijos y se ha mantenido siempre en la tierra. ¡Oh tú, cualquiera que creas ser un conjunto de barro, sal del mundo en donde eres solo de esta opinion! Vé á buscar en otra tierra hombres de otra especie y semejantes á las bestias, ó por mejor decir, horrorízate de tí mismo al verte solo en el universo, rebelde contra toda la naturaleza, y desconocido á tu propio corazón, ó acaba de conocer en la comun opinion de todos los hombres la impresion comun del autor que los formó á todos.

Finalmente, y concluyo con esta última razon. La universal sociedad de los hombres, las leyes que nos unen unos con otros, y las obligaciones mas sagradas é inviolables de la vida civil, todo está fundado sobre la verdad de la otra vida; y así, si todo muere con el cuerpo, es preci-



so que el universo reciba otras leyes, otras costumbres, otros usos, y que todo mude de cara en la tierra; si todo muere con el cuerpo, las máximas de la equidad, de la amistad, del honor, de la buena fe, del reconocimiento, no son mas que errores vulgares, pues no debemos obligacion alguna á unos hombres que nada son para nosotros, á los que no estamos unidos con lazo alguno comun de culto y de esperanza, que mañana han de caer en la nada y acabarse para siempre. Si todo muere con nosotros, los dulces nombres de padre, de hijo, de amigo y de esposo, son unos nombres fabulosos y unos vanos títulos que nos divierten, pues la amistad, aun la que proviene de la virtud, no seria un vínculo durable. Nuestros padres, que nos han precedido, ya no existirían, nuestros hijos no serian nuestros sucesores, porque la nada en la que nosotros habriamos de venir á parar, no produce efecto alguno. El sagrado lazo del matrimonio no seria mas que una union casual y fortuita, resultarian unas criaturas semejantes á nosotros, pero no tendrían de comun con nosotros mas que la nada.

¿Qué mas diré? Si todo muere con nosotros, los anales domésticos y la sucesion de nuestros antepasados no es mas que una sucesion quimérica, pues no hubiéramos tenido abuelos ni habriamos de tener nietos; los cuidados de la fama y de la posteridad serian cuidados frívolos, el honor que se tributa á la memoria de los hombres ilustres seria un error pueril, porque es cosa ridícula el honrar á lo que no existe; la religion de los sepulcros seria una ilusion vulgar, las cenizas de nuestros padres y de nuestros amigos un vil polvo, merecedor de ser arrojado al aire y que á nadie perteneceria; las últimas voluntades de los que mueren, tan sagradas aun entre los pueblos mas bárbaros, no

serian mas que el último sonido de una máquina que se deshace, y para decirlo en una palabra, si todo muere con nosotros, las leyes no son mas que una necia servidumbre, los reyes y los sábios unas fantasmas elevadas por la flaqueza de los pueblos, la justicia una usurpacion de la libertad de los hombres, la ley de los matrimonios un escrúpulo vano, la vergüenza una preocupacion, el honor de la rectitud una quimera, los incestos, los parricidios y las infames perfidias, juguetes de la naturaleza y nombres inventados por la política de los legisladores.

A esto se reduce la sublime filosofía de los impíos, esta es la fuerza, la razon y la sabiduría que nos están continuamente ponderando. Confesad sus máximas y todo el universo vendrá á reducirse á un horrible caos, todo quedará confundido en la tierra, se trastornarán todas las ideas del vicio y de la virtud, se desvanecerán las mas inviolables leyes de la sociedad, perecerá la disciplina de las costumbres, el gobierno de los Estados é imperios quedará sin regla, se desconocerá toda la armonía del cuerpo político, y el género humano no será mas que un conjunto de insensatos, de bárbaros, de impúdicos, de furiosos, de malvados, de desnaturalizados, sin mas ley que la fuerza, sin mas freno que sus pasiones, y el temor de la autoridad superior sin mas lazo que la irreligion y la independencia, y sin mas Dios que ellos mismos. Este es el mundo de los impíos, y si este fatal plan de república os agrada, formad, si podeis, una sociedad de estos hombres monstruosos. No podemos deciros mas, sino que sois dignos de ocupar lugar en ella.

¿Qué digno es del hombre, católicos, el esperar un destino eterno, reglar sus costumbres por la ley y vivir como que algun día ha de dar cuenta de sus acciones en presen-